

# ÍNDICE

<i>Presentación</i>	
Francisco José García Fernández .....	9
<i>Sacrificio de animales en los rituales funerarios egipcios: algunos casos particulares</i>	
José M. Serrano Delgado .....	15
<i>Alimentación y ritual en Mesopotamia: el consumo de alimentos en las ofrendas, las fiestas y el culto a los difuntos</i>	
Josué J. Justel Vicente .....	35
<i>“Que coman y beban los dioses” Religión y alimentación en el mundo fenicio (desde sus precedentes orientales al occidente púnico)</i>	
José Ángel Zamora López.....	57
<i>La utópica dieta de un Dios que no come: las ofrendas vegetales en la tradición bíblica</i>	
Miren Junkal Guevara Llaguno.....	89
<i>Despedazando el sacrificio: lo comible, lo incomible y el descuartizamiento de la víctima sacrificial en el mundo griego</i>	
Fernando Notario Pacheco .....	103
<i>Sacrificio, consumo cárnico y religión del Bronce Atlántico a los celtas occidentales</i>	
Xosé-Lois Armada.....	123
<i>Los dioses que se deleitaban con la sangre: el sacrificio cruento en Roma</i>	
Fernando Lozano Gómez .....	157
<i>Bodas, banquetes y comuniones. Más cornadas da el hambre que los rituales místéricos</i>	
Jaime Alvar Ezquerria .....	181
<i>“Pablo libado”: la metáfora de la libación y del sacrificio en Filipenses 2,17</i>	
Álvaro Pereira Delgado.....	193

<i>Comida y sexo en el cristianismo naciente</i> Carlos Gil Arbiol .....	213
<i>El papel de la eucaristía en el Nuevo Testamento y su recepción e interpretación en la tradición reformada</i> Sergio Rosell Nebreda.....	229
<i>Alimentos y tabúes alimentarios en la religión islámica</i> José Ramírez del Río.....	253

## Presentación

Como nuevo resultado de una dilatada y fructífera colaboración entre el Servicio de Asistencia Religiosa y el Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla (ahora Editorial Universidad de Sevilla), este libro se suma a la ya larga serie de ediciones en las que se han tratado de explorar distintas manifestaciones del fenómeno religioso desde una perspectiva transdisciplinar, que integre sus principales dimensiones –teológica, cultural e histórica– con un epicentro en el Mediterráneo antiguo, pero prolongándose también hacia el presente a través de las grandes religiones monoteístas. Títulos como *Ex Oriente Lux. Las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica* (2002), *Entre Dios y los hombres. El sacerdocio en la Antigüedad* (2006), *De dioses y bestias. Animales y religión en el mundo antiguo* (2008), *Salvación, Infierno, Olvido. Escatología en el mundo antiguo* (2009), *La religión del mar. Dioses y ritos de navegación en el Mediterráneo antiguo* (2012) o *Hijas de Eva. Mujeres y Religión en la Antigüedad* (2015) son reveladores de la variedad de aspectos, expresiones y terrenos que comprende el mundo de las creencias, así como del carácter holístico y poliédrico del mismo fenómeno religioso.

En esta ocasión la temática del libro está orientada a analizar el papel de la alimentación, y en especial del sacrificio y el consumo de alimentos, en las prácticas religiosas de la Antigüedad. Recordemos que la alimentación no es solo el *sustento del hombre*, sino también el elemento clave en sus relaciones económicas y sociales que van desde la producción hasta los propios hábitos de consumo, abarcando prácticamente todos los ámbitos de la vida (véase Polanyi 1994). A pesar de ello no ha sido hasta los últimos años cuando el fenómeno alimentario ha despertado el interés entre los investigadores, no solo en el campo de la historia o la arqueología, sino incluso también en la antropología y la sociología (Díaz y Gómez 2005). Con anterioridad solo se había prestado atención al ritual del sacrificio en tanto que acción religiosa que atraía el beneplácito de los dioses, pero sin valorar en exceso la función alimenticia del acto. Este interés se ha extendido también al estudio de las religiones (por ejemplo, Schmidt-Leeukel 2002; Wirzba 2011), donde se proyectan las necesidades y aspiraciones de los seres humanos, que incluyen lógicamente el anhelo de su propia subsistencia. De hecho, los alimentos básicos están cargados de sacralidad en casi todas las culturas, pues el hombre depende de ellos para sobrevivir (Fernández-Arnesto 2004: 60), y se interpretan como un don de la divinidad, como parte de la divinidad o como dios mismo, siquiera en un plano metafísico, como ocurre con el pan de los cristianos. Así pues, las relaciones con lo sagrado reproducen a menudo los esquemas económicos desarrollados por las diferentes sociedades y sus

distintos niveles de complejidad, integrándose en el conjunto de referentes simbólicos que les permiten entender y desenvolverse en el mundo.

En el caso de las primeras sociedades estatales, donde surgen las tradiciones religiosas de la Antigüedad, el progresivo distanciamiento entre la elite –jefes, sacerdotes, monarcas– y el resto de la población tiene su paralelo en la relación que se establece entre los dioses y los seres humanos. Los hombres se sitúan en el centro de la naturaleza, a la que pueden dominar y transformar, pero solo en la medida en que constituye un don recibido de los dioses y participa de su naturaleza sagrada. Esta relación de dependencia tiene en el sacrificio su máxima expresión, en tanto en cuanto representa la entrega de algo que se ha recibido, una vida o un bien preciado, como signo de reconocimiento, humildad, obediencia y gratitud, pero que en ningún caso es capaz de saldar la deuda contraída con la divinidad. Como afirma Godelier (1998: 264-265), “las grandes fuerzas de lo invisible a las que los humanos dirigen sus plegarias, ofrendas y sacrificios son, por definición, receptoras de dones y superiores a sus donantes”, son seres con los que resulta imposible establecer ninguna equivalencia en los dones y contradones, por lo que no se puede considerar que “el sacrificio sea, en su esencia profunda, un contrato entre los hombres y los dioses”. Así pues, la ofrenda y el sacrificio se convierten en uno de los vértices fundamentales de la liturgia de las religiones antiguas y el alimento en su principal protagonista, que puede ser entregado a la divinidad o compartido en forma de banquete (Grottanelli 1988).

Más allá de las implicaciones socioeconómicas, cuyos desarrollos particulares se podrán ver a lo largo de las distintas contribuciones, no hay que olvidar que todo lo relacionado con la obtención, transformación y consumo de alimentos, tanto si están destinados a una ofrenda como a su ingesta directa por los participantes en el rito, se encuentra también imbuido de las prácticas producidas y construidas dentro de su contexto social o cultural (por ejemplo, Gumerman 1997; Twiss 2012). En este sentido, las formas de preparación y las relaciones de comensalidad se convierten en un código que encierra los valores, creencias, jerarquías, de cada comunidad, lo que convierte a la alimentación en un vehículo de comunicación, capaz de generar sentimientos de identidad (Twiss 2007), pero también construir fronteras culturales o sociales (véase, en general, Bourdieu 1998). Esto afecta especialmente a la cuestión de los tabús, es decir, lo que se considera que no es *bueno para comer*, cuya función trasciende lo estrictamente teológico y se convierte en una marca de identidad de las comunidades que lo practican, muy activa en determinados contextos de interacción cultural. Aunque el materialismo cultural ha tratado de hacer visibles los fundamentos económicos y ambientales de los principales tabús alimenticios (Harris 2011), no cabe duda de que la mayoría de ellos si no la totalidad han desarrollado funciones teológicas, simbólicas, sociales o culturales ajenas a las causas que inicialmente los motivaron, en función de distintas circunstancias, de la misma manera que muchos grupos humanos fueron capaces de desarrollar prácticas que, de forma más o menos velada, adaptaban estas proscripciones a sus necesidades o directamente las infringían.

Con este telón de fondo, que hemos intentado esbozar brevemente, proponemos un recorrido diacrónico y geográfico por las principales culturas y tradiciones religiosas del mundo antiguo, en sentido amplio, comenzando por Egipto y Mesopotamia para terminar con el cristianismo y la última gran religión del libro: el islam. Pretendemos no

solo promover un acercamiento transversal y transhistórico a las religiones a través del análisis de aspectos concretos relacionados con las creencias o ritos, como es el sacrificio y el consumo de alimentos, sino también dar a conocer las diferentes corrientes teóricas, planteamientos metodológicos e instrumentos de análisis aplicados al objeto de estudio. En este sentido, nos interesa sobre todo presentar las principales líneas de investigación, fuentes documentales y bibliografía actualizada, así como los interrogantes planteados en torno al tema propuesto, para lo cual se ha contado con la colaboración de investigadores de alto nivel académico y científico pertenecientes a varias universidades y centros de investigación de prestigio.

Siguiendo ese sentido diacrónico, la primera parte del libro está dedicada a las culturas del Próximo Oriente asiático y Egipto, un espacio amplio, diverso y con una larga trayectoria temporal en el que fraguan algunas de las principales tradiciones religiosas de la Antigüedad, con una gran trascendencia posterior, especialmente en el ámbito simbólico y ritual, como queda patente en la herencia judeocristiana. La primera contribución, de la mano de José M. Serrano, trata el *Sacrificio de animales en los rituales funerarios egipcios*, en particular el sacrificio de bóvidos, con diferencia el más habitual y extendido en el Egipto faraónico. Para ello se presentan nuevos documentos e interpretaciones sobre el ritual conocido como “la Apertura de la Boca” y general sobre las liturgias finales del entierro, prácticas muy violentas y sangrientas, según se desprende de los textos y representaciones documentados en algunas estructuras funerarias de la necrópolis tebana. Por su parte, el trabajo de Josué J. Justel propone una introducción a la ofrenda y el consumo de alimentos en las culturas de Mesopotamia, tanto en las ceremonias religiosas propiamente dichas como en determinadas festividades regulares cargadas de una gran ritualidad, especialmente el culto a los difuntos y a los ancestros, realizando un recorrido diacrónico que arranca en Sumer y se extiende hacia los grandes estados de finales de la Edad del Bronce e incios del I milenio a.C. Esta síntesis se ve completada con dos estudios monográficos sobre el papel litúrgico y simbólico de la comida en la religión fenicio-púnica y en el antiguo Israel, dos horizontes culturales contemporáneos e interrelacionados pero con una diferente proyección geográfica e histórica. En el primer caso, José A. Zamora analiza a través de una cuidada selección de textos y documentos epigráficos la función de los alimentos en las creencias religiosas y las prácticas rituales “cananeas” desde finales del II milenio a.C. hasta la expansión fenicia y la posterior conformación de las comunidades púnicas del Mediterráneo Central y Occidental, haciendo hincapié en aspectos como el sentido del voto, el rol del banquete, los tipos de ofrendas y víctimas sacrificiales, los tabúes alimentarios, etc. Junkal Guevara se centra, por otro lado, en la forma y el sentido que adquieren las ofrendas y los sacrificios en la tradición hebraica a través del Antiguo Testamento. La autora presta especial atención a las ofrendas vegetales y al significado teológico y antropológico del sacrificio incruento en una religión donde el Dios no come, o al menos no en un sentido fisiológico, pero participa de la relación simbólica que se establece a través de los alimentos.

A continuación se estudian las religiones del Mediterráneo clásico y Europa Occidental, donde se entremezclan los influjos y préstamos de la matriz oriental, transmitidos a través de los pueblos del Levante, con las distintas tradiciones continentales, heredadas de sustratos que hunden sus raíces en el complejo mosaico poblacional y cultural de finales de la Edad del Bronce. En el caso de la religión griega, Fernando Notario plantea una

deconstrucción del sacrificio no comensal a partir de una reflexión teórica e historiográfica previa para abordar a continuación sus múltiples significados, analizando con detalle el tratamiento de la víctima animal, poniendo especial énfasis en los procesos de despedazamiento y sus connotaciones simbólicas, en relación con lo comible y lo incomedible. Xose L. Armada nos traslada a la fachada atlántica, en concreto al Noroeste de la Península Ibérica, donde estudia la relación entre sacrificio, consumo cárnico y religión en la cultura castreña a lo largo de la Protohistoria y hasta la romanización. Apoyándose en los bronceos figurativos relacionados con el consumo cárnico —calderos, ganchos y asadores— y en la epigrafía lusitana, trata de buscar los orígenes de los sacrificios combinatorios. Su similitud con los *suovetaurilia* romana y con los sacrificios realizados por otros pueblos de habla indoeuropea le lleva a plantear la posibilidad de que, más allá de las influencias procedentes del Mediterráneo Oriental, estas prácticas hundan sus raíces en las culturas de la Edad del Bronce. Este tema está relacionado con la siguiente contribución, donde Fernando Lozano analiza pormenorizadamente el sentido del sacrificio en la religión romana, muy especialmente en las ceremonias y cultos oficiales. Sin restar importancia al sacrificio incruento en la tradición latina, el autor centra su atención en la inmólación de animales, sus fases y significado, poniendo de relieve los aspectos comunes dentro de la enorme variedad de posibilidades y manifestaciones que revelan las distintas fuentes en función del tipo de ritual, sus oficiantes, la divinidad a la que estaba destinado, la finalidad del acto, etc. Por último, el texto de Jaime Alvar se ocupa específicamente del sacrificio en los cultos místéricos y los banquetes rituales que los acompañaban, haciendo hincapié en las peculiaridades que los distinguen de los usos tradicionales de la religión romana, sobre todo en relación con su función energética y social, como mecanismo de integración y cohesión —no necesariamente igualitaria— de los miembros de una comunidad. En este sentido, se propone despojar a estos ritos de algunos tópicos que han acompañado secularmente a su interpretación tanto en el imaginario colectivo como en la literatura académica, en concreto la práctica generalizada y el carácter cruento de los *taurobolia*.

La última parte de la obra está destinada a examinar el significado del sacrificio y el papel de los alimentos en cristianismo, tanto en su etapa primitiva como en sus desarrollos posteriores, a través de aspectos fundamentales de la liturgia, para finalizar con una breve síntesis sobre la perduración de algunas de las tradiciones alimentarias antiguas en la religión islámica. El trabajo de Álvaro Pereira ahonda precisamente en los cambios que introduce la liturgia cristiana en el sentido y la forma del sacrificio, a través de la institución de la eucaristía, y su transformación en un nuevo culto existencial. Con este fin se realiza la exégesis de un testimonio particular, el uso metafórico de la libación y del sacrificio en Flp 2,17 para referirse al ministerio del mismo apóstol Pablo y a la fe de los filipenses, deteniéndose en el propósito que esta metáfora busca en sus destinatarios: dar cohesión, dar sentido y dar culto a Dios. La relación simbólica entre alimentación y religión tiene una correspondencia en la relación que se establece entre la propia comida y la sexualidad. Siguiendo de cerca la obra clásica de M. Douglas, *Símbolos naturales*, Carlos Gil trata de desentrañar las dimensiones del cuerpo y su rol simbólico como frontera, no solo desde la perspectiva individual, sino también en el sentido de cuerpo social y teológico. Ello explica la preocupación de los primeros cristianos por diferenciar lo puro de lo impuro, evitando la “penetración” de cualquier elemento que contamine la pureza

del cuerpo y las prácticas que pongan en peligro la ética comunitaria y la cohesión del grupo social, especialmente el uso del sexo como mecanismo de abuso y dominación. Sergio Rosell, por su parte, analiza los orígenes de la eucaristía en el Nuevo Testamento y su posterior relectura en la tradición derivada de la llamada Reforma Protestante. Ello le lleva a realizar un recorrido histórico por la consideración teológica que ha recibido su instauración en la liturgia cristiana y el profundo debate abierto en torno a la eficacia del sacramento a través de la propia presencia de lo divino, que alcanza su punto culminante en el siglo XVI. En el epicentro de dicho debate se encuentra la propia consideración de la eucaristía como sacrificio y de la Cena del Señor como banquete, así como el énfasis que adquiere este último en la tradición reformada a través de la *koinonia*, es decir, la comensalidad que garantiza la unión entre los fieles y la comunión con Dios. Para terminar, José Ramírez del Río aborda el papel de los *Alimentos y tabúes alimentarios en la religión islámica*, que hereda y perpetúa algunas de las prácticas y el horizonte simbólico de las culturas próximo-orientales, no solo por su lugar de origen, sino por considerarse heredera de la línea profética del judaísmo y el cristianismo. El autor realiza un breve recorrido por las tres etapas en las que se configuran los tabúes alimentarios del islam: el sustrato cultural de la Arabia preislámica, con sus rituales y prohibiciones; el establecimiento en el Corán de las primeras normas alimentarias; el desarrollo de estas normas a través de los hadices de la *sunna*, los hechos y dichos del Profeta; para concluir con la evolución posterior de estas tradiciones y su variabilidad regional.

FRANCISCO JOSÉ GARCÍA FERNÁNDEZ  
*Universidad de Sevilla*